



# De taxis y ladrones

a Oscar Pulido

**Nana Rodríguez Romero\***

*Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia  
Grupo de Investigación Corporación Si Mañana Despierto  
Categoría A1 Colciencias*

*Recepción: 08/07/2010  
Evaluación: 10/09/2010  
Aceptación: 20/10/2010*

Esa noche había salido de la sala de cine con una sensación de historia sin final. Tomé un taxi para dirigirme a mi casa bajo la llovizna pertinaz de noviembre. El conductor preguntó por el destino a donde debería llevarme.

Cuando había recorrido casi un kilómetro, el taxista detuvo el carro y otro hombre apareció, se subió con rapidez y sacó un arma amenazándome. Sorprendido y asustado, en un reflejo inconsciente levanté los brazos y solté los libros que llevaba en las manos.

Saqué la billetera o se muere. Dijo el asaltante. Un poco tembloroso bajé los brazos y busqué la billetera en el bolsillo secreto de la chaqueta y la entregué, diciéndoles que al menos me dejaran los papeles de identidad que no les servirían para nada.

El asaltante sacó uno a uno los documentos y al ver que el dinero en efectivo era muy poco, cerca de cincuenta mil pesos, me apuntó en la cabeza para preguntarme la clave de la tarjeta débito e ir a buscar el cajero más próximo. Mientras tanto, el conductor dirigía el auto a un sitio menos transitado para no despertar sospechas, mientras su cómplice de fechorías nocturnas leía mi carne profesional y decía en tono amable:

¡Ah, pero si tenemos a un profesor! Es el profesor Osquitar. Profesor Osquitar, tranquilo que no le vamos a hacer nada si usted se porta bien. A pesar de la tranquilidad del ladrón mi miedo se iba acrecentando al ver que nos alejábamos cada vez más hacia el occidente de la ciudad.



*\*Licenciada en Psicología y Filosofía, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Especialista en semiótica, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Magíster en Educación, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Profesora Ocasional de Tiempo completo Escuela de Filosofía y Humanidades.  
mantegna\_co@yahoo.com*



Profesor Osquitar, y usted en dónde trabaja... En el Colegio de la Misericordia... Ah, el profesor Osquitar no debe ganar mucha plata, y qué clase dicta... historia... ah, el profesor Osquitar debe tener buena memoria cuál es la clave profesor Osquitar. Con el miedo, mis piernas empezaron a temblar y el corazón se arrugó cuando noté que no podía recordar la maldita clave de mi pasaporte a la vida. Con el pánico, la memoria me hizo una mala jugada y le dije perdóneme hermano pero de verdad se me olvidó, no la recuerdo.

El conductor detuvo de nuevo el taxi en una calle desolada. Habían pasado como cuarenta y cinco minutos eternos, cuando de pronto sonó mi teléfono celular y el hombre sin dejar de apuntarme me ordenó entregarle el teléfono, buscó el origen de la llamada y con sorna me dijo: profesor Osquitar, es una mujer y le ha dejado un mensaje escrito, dice: dónde estás, necesito hablar contigo por favor llámame. Es una tal Sofía.. y se guardó el teléfono. Ah este profesor Osquitar, ¿es su mujer, o una amiga con derechos, ah profesor Osquitar?

No, yo creo que es su mujer, porque tiene una cara de ángel este profesor... profesor, ya recordó el numerito? No me haga poner de mal genio... hermano, vamos por la avenida de los recuerdos a ver si se le ilumina la memoria a este man.

El asaltante sacó unos cigarrillos y me ofreció uno, yo que no soy fumador lo

acepté desconcertado ante su amabilidad, con la primera bocanada un acceso de tos me descontroló aún más, luego continué fumando como si en cada aspiración estuviera chupando oxígeno para animar mi cerebro y mi memoria.

Tercera estación. El auto se detuvo de nuevo y los dos hombres insistieron: a ver profesor Osquitar, cierre los ojos y respire, concéntrese... la clave es...la clave es... al ver el brillo del arma blandiéndose en mi dirección grite: 7520, grité como un recién nacido al salir del vientre materno.

Ah, muy bien, el profesor Osquitar es un duro, bien profe Osquitar, ahora al cajero de la 63 hermano, más le vale que tenga un buen billete profe. Al llegar al cajero, el hombre le entregó el arma al dueño del taxi y se bajó, hizo la transacción y entró con una cara de medio desilusión diciendo, nooo, profe solo ciento cincuenta y cuatro mil...

Continuamos sobre la 63, que para esta hora de la noche estaba casi vacía y brillante por la lluvia que había arreciado. En una esquina, el asaltante me dio un billete de diez mil pesos y me dijo: a lo bien, profesor Osquitar, hasta aquí nos trajo el río, gusto en conocerlo, me estrechó la mano y me entregó la billetera y el teléfono.

Todavía con miedo y sin terminar de creer lo sucedido, me bajé del carro y empecé a caminar como el hombre de la película que acababa de ver, con una sensación de historia sin final.